

Cecilia Beuchat

CUENTOS CON ALGO DE MERMELADA



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Cecilia Beuchat

CUENTOS CON ALGO DE MERMELADA

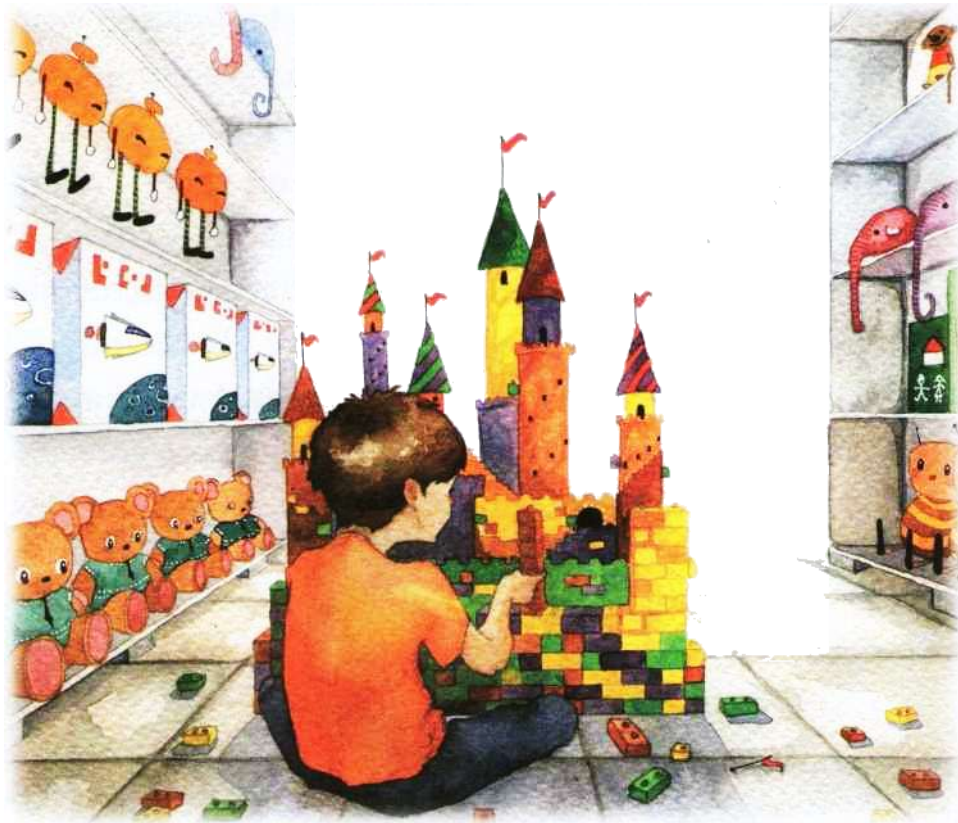
Ilustraciones de Francesca Mencarini



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Pelusa 79

AUTOPISTAS, CASTILLOS Y MERMELADA



En realidad, nadie me pudo decir cómo ocurrió, pero el hecho es que esa noche, Tomás logró quedarse escondido en el supermercado. ¡Por fin! Su sueño se veía realizado. Tomó el gran local sólo para él. Agachadito, oculto en el hueco que dejaban dos estantes con tarros de conservas aguardó un rato. Habían apagado casi todas las luces sólo se escuchaba el suave y monótono ruido de las heladeras.

Entonces, ¿qué crees que hizo? Se atrevió a salir.

Pelusa 79

Anduvo con cuidado, en la punta de los pies, avanzando poco a poco; pero luego, de manera decidida, comenzó a recorrer el lugar.

-Primero iré a la sección de los juguetes -se dijo y, en un dos por tres, estuvo rodeado de autitos, camiones, pelotas y patines.

Qué rico era poder tocarlos todos sin que mamá dijera a cada rato:

-¡Ya pues, Tomás! ¡Vamos! Todavía tengo mucho que hacer...

O como en otras ocasiones en que mamá decía seriamente:

-Tomás, no puedo comprarte este autito. No alcanza el dinero...



Pelusa 79

¡Sí! Ahora era fantástico. Todos los autitos del mundo para él... rojos, verdes, amarillos; autos de carrera, de paseo y con acoplados. También había helicópteros, camiones, tractores y aviones. Todos para él solo.

Construyó una gran pista en medio del pasillo y colocó los autos en fila. Después los hizo correr y virar uno por uno. ¡Era tan entretenido! ¡Lo estaba pasando tan bien! Jugó un buen rato, pero sintió hambre y decidió ir donde estaban los helados, al fondo del pasillo.

Iluminada por una pequeña ampolleta apareció ante él una heladera enorme. Estaba repleta. Allí estaban los helados de agua con lindos colores y los de chocolate con crema. ¡Ah! Y los de manjar y coco rallado, y también los



Pelusa 79



Pelusa 79

de chirimoya con naranja. Había además cajas con helados de tres colores, de esos que compraba mamá para Navidad y Año Nuevo, y muchas tortas heladas y rollos de almendrado.

Tomás no sabía por dónde empezar. Probó un helado de cerezas y mordisqueó uno de piña. Tomó un vasito con helado de dos sabores y terminó con uno bañado en chocolate. ¡Qué ricos estaban! Su barriga llegaba a estar fría de tanto comer...

"Ahora iré donde están los lápices y los cuadernos", pensó, pero en ese momento vio un montón de paquetes con pan.

"Sacaré uno y lo llenaré con salame y pepinillos; le pondré mayonesa y, si encuentro, un poco de salsa de tomates".

Y así lo hizo, ¿te lo puedes imaginar? Resultó algo muy grande y Tomás, al comerlo, quedó bastante embadurnado.

Entonces sintió sed y al pasar por donde estaban las bebidas, abrió tres de las chiquitas con naranjada y se las bebió enteras. En ese momento, recordó que aún no había ido a ver los bloques de construcción, aquellos que venían en cajas de colores y que según decían mamá y papá, eran tan caros. No le costó nada encontrarlos. Allí estaban las cajas de distintos tamaños y modelos, una





encima de otra. ¿Y sabes cuál eligió? Pues, la del castillo, ésa que trae un montón de piezas para construir y en la que además vienen caballitos y soldados, carros y cañones. Tomás construyó un hermoso castillo con un puente levadizo, grandes portones y un muro alrededor.

Después de jugar un rato, decidió recorrer una vez más los pasillos, mirando hacia todos lados.

Estaba la sección dulces y chocolates. Más allá, en ordenadas torres, la leche condensada, la crema y el chocolate en polvo. También había paquetes y paquetes de cereales azucarados, tarros de miel de palma para comer con plátano y budines y flanes, de ésos que traían láminas para coleccionar.

Pero, en realidad, a Tomás ya no le atraía tanto permanecer en el supermercado. Se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en una repisa, miró hacia el techo y a través de los vidrios pudo ver algunas estrellas. ¿Qué estaría haciendo su mamá? ¿Lo estaría buscando?



Pelusa 79

Su barriga le dolía cada vez más y pensar en comer le daba mareo. No, ya no quería nada más, ni autopistas, ni castillos, ni mermelada. Quería estar cerca de su mamá. Estar en casa y escuchar cuando papá llegaba, abría la puerta y decía:

-¡Hola a todo el mundo!

Cómo deseaba Tomás estar acostado en su cama y que la mamá le diera agua de manzanilla enfriada en el platillo...¿Y ahora qué pasaría? Si lo encontraban seguramente lo castigarían. Mamá tendría que pagar todo lo que él había comido... ¡Qué miedo! ¿Qué podría hacer?

Poco a poco, las estrellas se fueron apagando. Se había quedado dormido, y su cabeza, al inclinarse sobre la repisa, casi, casi, hizo caer los frascos con mermelada.

Pasó media hora. De pronto, unos golpes fuertes lo sobresaltaron. Rápidamente se levantó y se escondió tras unas cajas de cartón. Escuchó de dónde venía el ruido y distinguió una voz de hombre que decía:

-No he visto nada, pero es mejor que nos aseguremos. Hace un rato, yo sentí algo, pero pensé que podría ser un gato...

Tomás, asustado, casi sin respirar, sintió que su corazón latía más fuerte



Pelusa 79

que nunca y que el nudo en el estómago le apretaba cada vez más.

Las luces del supermercado se fueron encendiendo, una tras otra. El niño vio a un señor con uniforme azul y a su lado... ¡estaba su mamá!

Ella decía entre sollozos:

-¡Sí, tiene que estar! Lo he buscado por todas partes, sólo me falta aquí... Por favor, revisemos el local.

Y entonces su mamá lo descubrió, escondido detrás de las bolsas de pañales desechables, embetunado con salsa de tomates y helado; hasta las orejas las tenía con comida.

Tomás no pudo decir nada. Se le olvidó el susto, el sueño, el dolor de estómago y corrió donde

su mamá. Ella lo abrazó muy fuerte y él, entre lágrimas, apoyado en su

hombro, volvió a ver en uno

de los pasillos la autopista

con todos los autitos. Se

veían hermosos en una

larga fila de colores.

Más allá, al fondo, se alzaba el castillo...

Pero, en realidad,

ahora ya no le in-

teresaban.

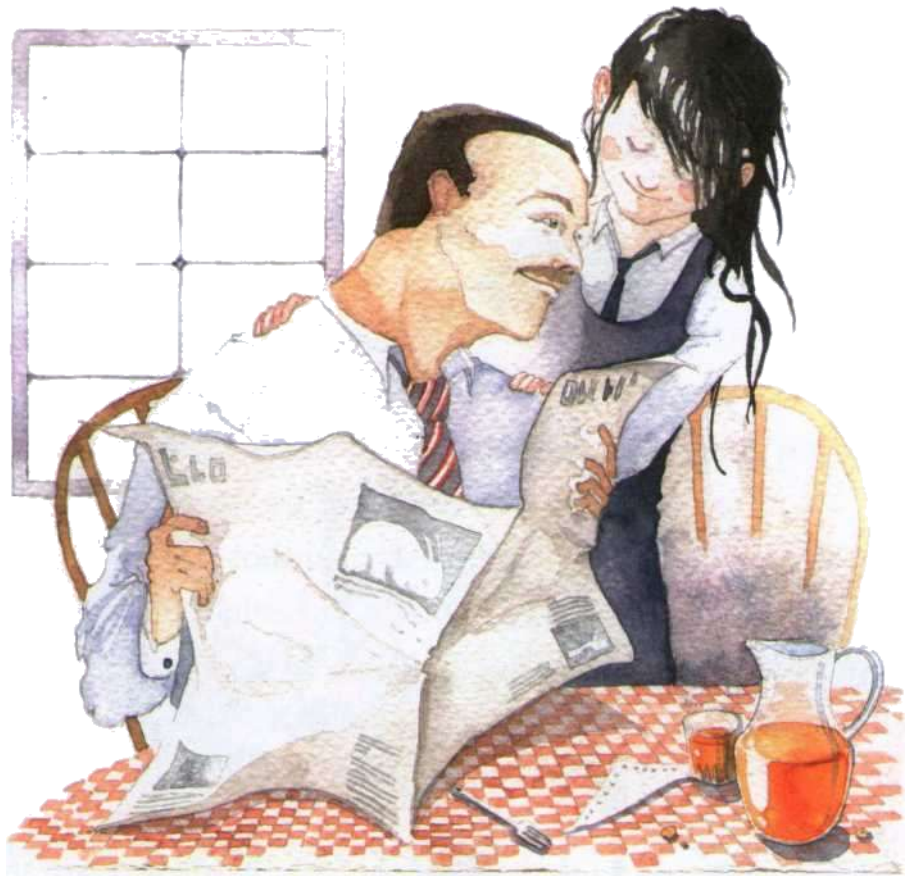


LA FUNCIÓN



Todo estaba preparado para la función de teatro del quinto año A. La obra se daría el viernes a las siete de la tarde y todos estaban cordialmente invitados. La señorita Mónica había redactado, junto con los niños, la incitación a los padres y la velada prometía ser muy entretenida.

Habían ensayado durante varias semanas y según el inspector López, que era el único que había presenciado el último ensayo, "la actuación de los niños era



bastante aceptable". Si lo decía el señor López, que era tan estricto y exigente, no había por qué temer que algo saliera mal.

Cuando Beatriz contó en su casa lo de la función, su mamá le preguntó de inmediato:

-¿Hay que hacer algún disfraz?

-Sí, me tocó uno de los papeles principales: soy la princesa del cuento.

-Tú no necesitas disfrazarte -dijo su papá mirándola amorosamente. Y agregó: -Eres una princesa, mi princesita...

Beatriz se levantó de la mesa y besándolo en la frente le pidió:

Pelusa 79

-Papá, ¿verdad que vas a poder ir a la función? Yo, lo único que quiero, es que tú vayas a verme. Si no, me voy a morir y no voy a poder actuar...

-Claro que iré. Lo anotaré en mi agenda de inmediato y le avisaré a la señora Elvira que ese día dé horas en la consulta solamente hasta las cinco. Después, soy todo tuyo.

-¿Y cómo piensas vestirme? -quiso saber la mamá.

-Quiero ir con un vestido lleno de florcitas -explicó Beatriz moviendo las manos juguetonamente-. La señorita Mónica dijo que no gastáramos en nada y que buscáramos entre las cosas antiguas que tu-

viéramos en casa. También podríamos hacerlo con papel.

-Eso me parece bien -opinó la mamá-. Vamos a ver qué hay por ahí guardado. Estoy pensando en

una vieja bata de raso color celeste con la que podemos hacer el vestido...

-Te vas a ver maravillosa -dijo el papá, levantándose-. El color celeste hará juego con tus ojos. No puedo perderme por nada del mundo ver a mi hija actuando...



Pelusa 79

Jaime, el hermano menor que escuchaba, opinó con desgano:

-Me imagino que te pondrás una corona... si no, ¿cómo va a saber la gente que eres la princesa?

-¡Tonto! Claro que se van a dar cuenta cuando entre Andrés y pregunte: "¿Aquí vive la princesa de las flores?"

-¡Ah! Así es que Andrés actúa de príncipe -se burló Jaime.

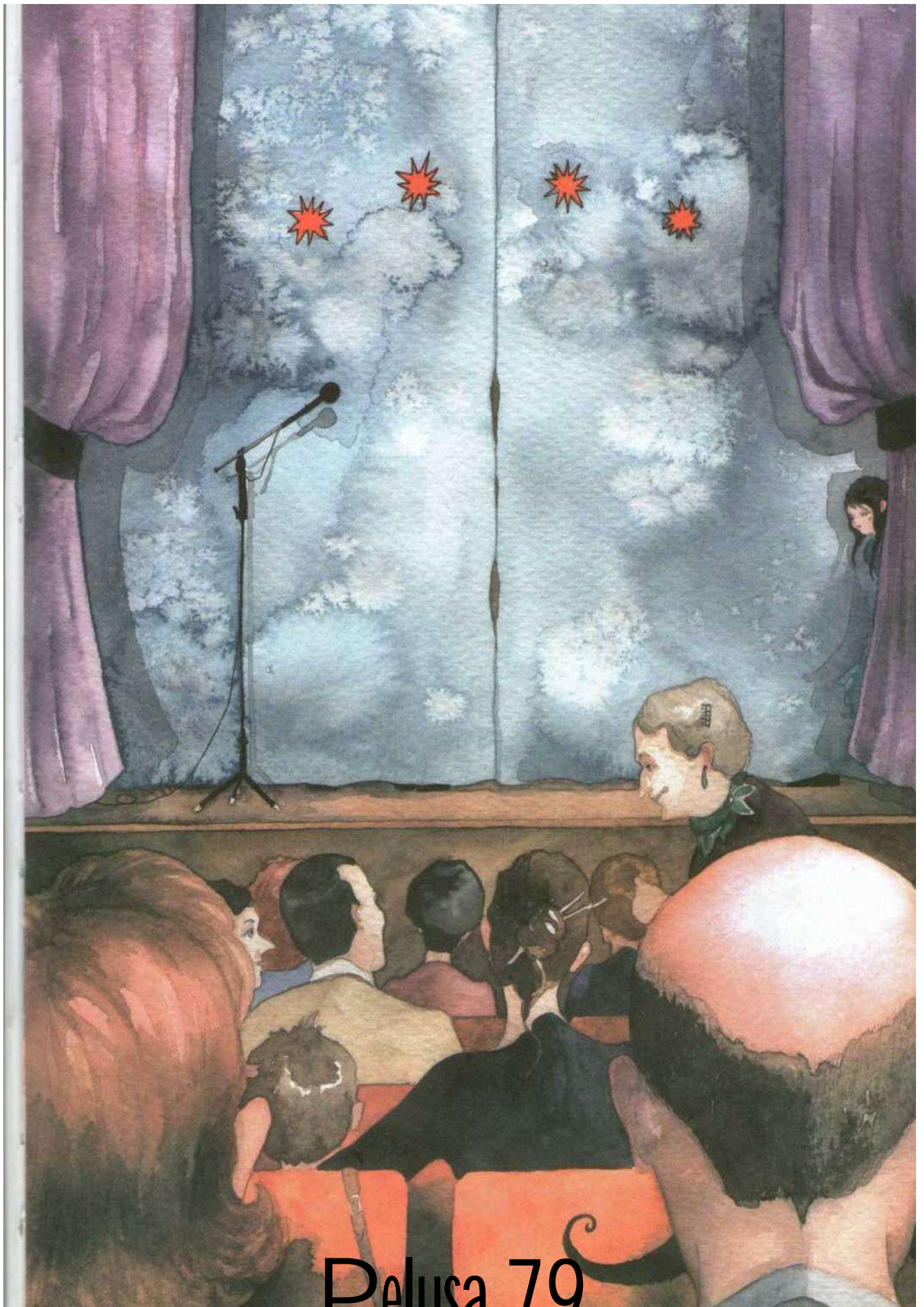
Pero la niña no le hizo caso y se fue con su mamá a preparar el disfraz. Estaba feliz. Todo iba a resultar muy bien y lo único que esperaba era que no le doliera el estómago antes de empezar la función. La señorita Mónica les había dicho que eso era normal y que incluso a los grandes actores les sucedía.

¡Y por fin llegó el viernes! Eran ya diez para las siete cuando Beatriz se asomó por la cortina del escenario para mirar el gimnasio de la escuela que se iba llenando poco a poco de papás, mamás, abuelos, primos, tíos, tías y amigos.

Pronto descubrió a su mamá; estaba en la tercera fila. Había colocado su cartera en la silla del lado para guardarle el lugar al papá. ¡Uy! Ojalá pudiera llegar a tiempo. Siempre estaba tan ocupado con sus pacientes.

Beatriz escuchó que la señorita Mónica la llamaba y volvió detrás del escenario.

-Ponte otro poco de polvos Me dijo-. ¿Estás nerviosa? ¿Va a venir tu papá?



Pelusa 79



Pelusa 79

-¡Sí! Aún no ha llegado, pero va a llegar luego. Falta todavía para las siete, ¿verdad?

-Cinco minutos -respondió la profesora y golpeó con las manos: -¡Niños, a sus lugares! Vamos a comenzar.

Beatriz se acercó disimuladamente al cortinaje para mirar una vez más. La silla junto a su mamá estaba aún vacía y ella le estaba diciendo a otra señora que ese lugar era para su esposo.

La sala se había repletado de personas que conversaban alegremente. Todos tenían en sus manos los programas preparados y dibujados por los niños.

Por fin, la señorita Mónica, dijo: -¡Empecemos!

Su voz era algo más aguda que de costumbre: -Niños, tranquilos. Nos va a salir muy bien... Hemos ensayado bastante, así es que ahora disfrutémoslo. ¡Listo! Juanito, ¿puedes conectar la música, por favor? Apaga las luces centrales y enciende de a poco las del escenario. ¡Vamos, Alvaro!

Beatriz sintió que el piso se le movía y que el famoso dolor de estómago le seguía cada vez más fuerte. ¿Habría llegado su papá? ¡Qué ganas de saberlo! Pero iba a tener que esperar otro rato, pues aún no le correspondía salir a escena. "¡Uy!" pensó. "Me estoy poniendo nerviosa"- papá debe estar sentado junto a mamá y Jaime, no halla la hora de que salga a escena- ¡ojala que le guste la obra!".

Recordó cómo su madre había hecho el vestido, con tanto cariño, y cómo la Pascuala, con mucha paciencia, había cosido una a una las lentejuelas del ruedo. ¡Hasta Jaime había colaborado pegando las perlitas de la corona! ¡No! Todo iba a salir bien. Y por la noche se iba a acordar de lo tonta que había sido al pensar que el papá no iba a estar en la función.

En ese momento, la señorita Mónica le hizo una seña y Beatriz entró al escenario. Se escuchó un murmullo de admiración proveniente del público, pero ella sólo estaba pendiente de llegar donde Andrea, que hacía el papel de reina.





De sus ojos asomaron lágrimas y con mucha pena rompió a llorar.

Mientras Andrea acariciaba el cabello de la princesa, pensó que Beatriz era realmente una excelente actriz.

La obra prosiguió sin tropiezos y la niña terminó la actuación del primer acto sin problemas. En el intermedio corrió al baño. Frente al espejo decidió que la pena se la tenía que guardar bien adentro y que iba a seguir actuando hasta el final. La señorita Mónica se lo merecía, también su mamá, y si el papá no había llegado... bueno, ya no había nada que hacer. Pero nunca más lo invitaría a otra función. ¿Para qué? Si no le interesaba. Para él eran mucho más importantes sus pacientes, la consulta y esos congresos que siempre lo mantenían tanto tiempo lejos de casa. Se lavó la cara y fue donde la señorita para que la maquillara de nuevo.

La obra terminó con un aplauso muy fuerte y largo. Los niños del quinto estaban felices. El Centro de Padres le entregó a la señorita Mónica un hermoso ramo de claveles. Después hubo chocolate caliente y galletas para todo el mundo. Como a las nueve de la noche, los niños y sus padres comenzaron a abandonar la escuela.



Pelusa 79

Beatriz no habló casi nada con su mamá quien, entusiasmada, la abrazó y felicitó por lo bien que había actuado.

Al llegar a la casa, dijo estar muy cansada y subió a su pieza. Mientras colgaba el traje de princesa, escuchó a su padre cuando cerró la puerta y saludó a la mamá.

-¿Qué te pasó? -le preguntó ésta con voz serena.

-Lo mismo de siempre... un caso de urgencia -respondió él. Hubo un incendio en una población. Un muchacho de doce años se quemó gran parte del cuerpo. Me llamaron de la posta para ver qué podía hacer. Acabamos de terminar... Un muchacho, casi un niño... hubieses visto cómo traía la cara...

-¡Pobre! -exclamó ella pensativa.

-¡Claro! Tú comprenderás que ni me acordé de la función de Beatriz ¿Cómo estuvo?

-¡Maravillosa...!

-Y ahora, ¿qué hago? -preguntó entonces el papá preocupado.

-Conversar con ella...-respondió la mamá y se fue a la cocina.

Beatriz se metió rápidamente a la cama y fingió estar dormida. El papá subió, se sentó al borde de la cama y le acarició el pelo. Luego, suspirando, apagó la luz y se dirigió al comedor.

Beatriz se levantó al día siguiente muy temprano y se fue a casa de Loreto toda la mañana. Era sábado, y tenían que terminar un trabajo sobre los insectos. Al volver, a la hora de almuerzo, se encontró con el papá quien le dijo:



-Beatriz, seguramente ya sabes lo que pasó. De veras siento mucho no haber llegado a la función...

La niña no respondió.

-Ya sé que estás enojada conmigo -prosiguió su padre-. Pero imagínate, Luisito se habría podido morir si no llego a tiempo para operarlo en el hospital.

Fue entonces que Beatriz dijo con rabia:

-¡Es que a ti te importa más ese Luisito que tu hija!

Y subió corriendo a encerrarse en su dormitorio.

Pelusa 79

El domingo estuvo todo muy triste en casa del Dr. Fernández. La familia se reunió sólo durante las comidas. Jaime hizo una que otra broma, pero nadie se rió. La Pascuala estuvo a punto de dejar caer la mermelada de frutilla, de puros nervios al ver a la familia así, sobre todo a su Beatriz, que estaba con carita de pena y no había querido ni probarla.

Y llegó el lunes. La señorita Mónica entró un poco atrasada a la sala. Luego de pasar lista, dijo:

-¡Niños! En primer lugar debo felicitarlos. Estuvieron todos maravillosos en la función del viernes. Todo salió muy bien. Tan bien, que lo vamos a repetir...

-¿Qué...? ¿Cuándo...? ¿Dónde...? -preguntaron todos alborotados.

-Lo que les he dicho. Hemos recibido un llamado del Hospital San Damián y quieren que demos una función para los niños que están hospitalizados.

-¡Sí! ¡Claro! ¡Buena idea! ¡Qué nervios!-gritaban todos.

-¿Y cuándo la vamos a dar? -quiso saber Jaime.

-El próximo viernes -puntualizó la señorita Mónica con voz excitada.

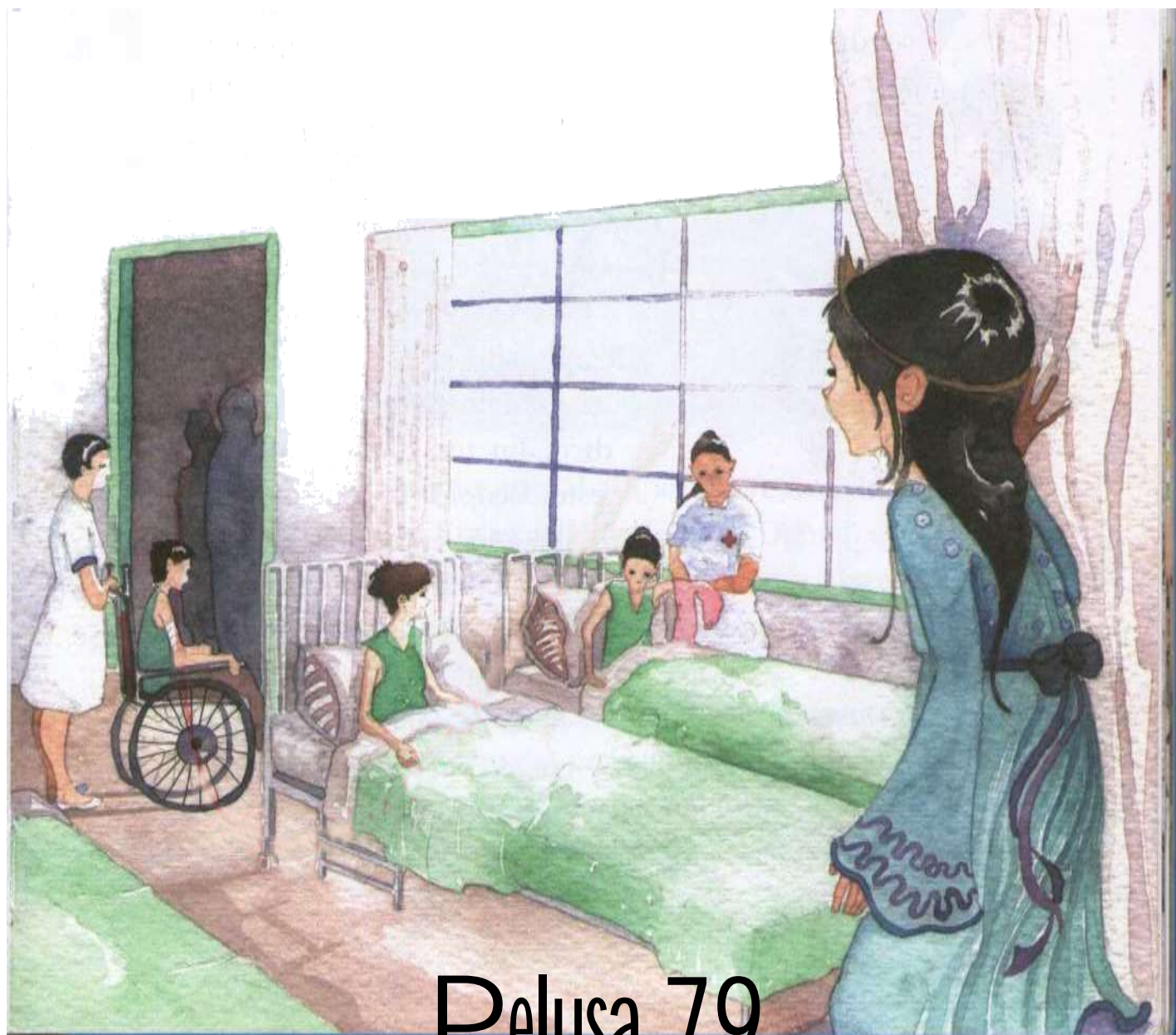
-¡Odio los viernes! -murmuró Beatriz sin prestar atención a lo que comentaban sus compañeros.

La sala tres del pabellón había sido arreglada especialmente para la función. Era la más grande del piso y allí se celebraba también la Navidad, pues cabían todas las camas colocadas entre largas filas.

El viernes a las cuatro ya estaba todo preparado. La señorita Mónica había acortado un poco el libreto y los

alumnos del quinto año habían pintado, especialmente para los pequeños enfermos, un nuevo programa.

Faltaban sólo algunos minutos cuando Beatriz lo vio llegar. Una enfermera venía empujando una silla de ruedas, en ella venía sentado un muchachito, de no más de doce años, cubierto con una delgada túnica. Su rostro estaba lleno de manchas rojas violáceas y, entre las quemaduras, brillaban un par de ojos negros.



Pelusa 79

-¿Dónde ponemos a Luisito? -preguntó la enfermera.
La señorita Mónica iba a contestar, pero Beatriz se adelantó y dijo:

-Acá, en primera fila, así verá mejor...

Luisito, levantando la vista le sonrió con los ojos.

-Vamos a empezar -anunció la señorita Mónica algo nerviosa.

Beatriz se ubicó detrás de las cortinas improvisadas con sábanas y miró a los enfermos. Desde un rincón la seguían los negros ojos de Luisito, que no quería perder ningún detalle de la obra. La niña sintió una mezcla de pena y alegría, pero cuando la señorita Mónica le preguntó qué le sucedía, no supo qué responder.

Entonces vio a su papá, junto a Luisito, en la primera fila, con su delantal blanco de médico. En una mano tenía el estetoscopio con que examinaba a los enfermos, y en la otra, el nuevo programa.

-¡Papá llegó a la función! - exclamó Beatriz y, llena de felicidad, se preparó para comenzar su actuación.



Pelusa 79

LA SEÑORITA CARMEN NO ESTA SOLA



El cuarto año adoraba a su profesora, la señorita Carmen. Era excelente. Incluso Daniel, que siempre se portaba algo desordenado y era reprendido por ella, terminaba aceptando que no había ninguna profesora tan buena.

La señorita Carmen hacía las clases más entretenidas del mundo. En lenguaje, por ejemplo, contaba cosas curiosas acerca del origen de las palabras, y los niños se enteraban de por qué "helado" se escribía con "h". No



enseñaba las aburridas reglas de ortografía, sino que hacía juegos con las palabras, así ellos comprendían mucho mejor la materia.

A veces organizaba viajes imaginarios, y los niños del cuarto año, con los ojos cerrados, podían trasladarse desde la sala de clases hasta la Alameda de las Delicias allá por el año 1810.

En clase de Matemáticas aparecía con cajas de las más diversas formas y tamaños en las que traía fichas, semillas, cuerpos geométricos y muchas otras cosas.

La señorita Carmen siempre sonreía, se notaba que le gustaba hacer clases. Pero cuando alguien se portaba mal o hacía tonterías, entonces, se acababa la amistad. Se ponía muy seria y colocando los anteojos sobre la mesa, decía:



-¡Niños! Así no es la cosa. Para entendernos y aprender bien, es necesario que se comporten, pues de lo contrario, ustedes ya saben... tengo que castigarlos, y a mí me molestan los castigos... ¿de acuerdo?

En esos momentos, nadie se atrevía ni a respirar. Alfredo, Roberto y Andrés, que eran los más revoltosos, se sentían arrepentidos.

-Vamos a hacer lo siguiente -decía entonces la señorita Carmen-. Voy a darles cinco minutos para que ustedes griten, se levanten, jueguen y conversen, pero después seguimos con la clase.



Pelusa 79

El curso se alborotaba de lo lindo, y ella observaba con santa paciencia. Pero a los cinco minutos exactos, golpeaba con las manos y todos se calmaban. Lo que nadie podía explicarse era cómo había logrado convencer al director y al inspector general que este método era bueno. Lo que sí estaba claro, era que ellos aprobaban, muy contentos, el rendimiento del curso.

Los niños de cuarto querían a su profesora. Les había hecho clases desde primer año. Aprendieron con ella a leer y a escribir, y eso, no lo podrían olvidar jamás.

Sin embargo, un día comenzó a suceder algo extraño.

-¿Te has fijado que la señorita Carmen anda algo rara? - comentó Andrés con su grupo.

-¿Cómo rara? -preguntó Roberto.

-Sí, ya no está como antes. No sonrío... Anda de mal genio. ¿Te fijaste cómo retó a Joaquín porque no supo colocar las comas en el pizarrón?

-Es cierto. La señorita anda toda seria y callada. Ya ni conversa con nosotros en los recreos.

Teresa e Inés se acercaron a sus compañeros y quisieron saber de qué hablaban.

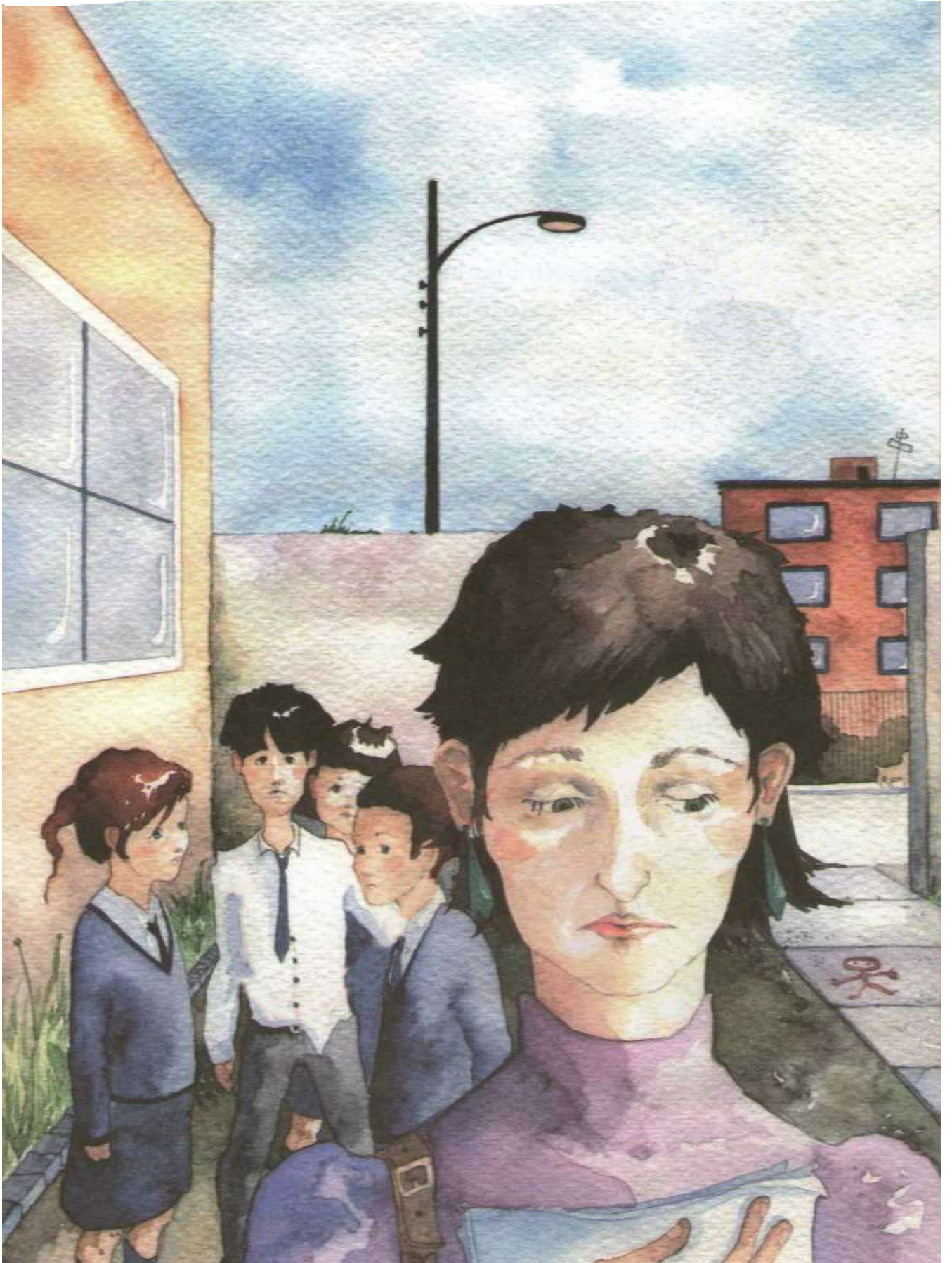
-De la señorita Carmen -les informó Roberto.

-¡Ah! Sí... la "profe" está francamente pesada -dijo Inés mordiendo una manzana- Ya no se junta con nosotros. Se lo pasa en la sala de profesores tomando café.

-Anda con suerte -acotó Teresa-. ¿Te fijaste que en clases bostezó por lo menos cinco veces?

-¿Qué le pasará? -preguntó Andrés preocupado.

Pelusa 79



Pelusa 79

En ese momento sonó la campana y los niños entraron a clases. Les tocaba Artes Plásticas. Sacaron los materiales y la señorita Carmen puso una hermosa grabación. Después conversaron sobre la pieza de música que habían escuchado y luego tuvieron que pintar con témpera, sobre una hoja blanca, todo lo que habían sentido. Era un lindo trabajo, y los niños entusiasmados comenzaron a usar pinceles y colores.

Hasta que, de pronto, pasó algo terrible. Javier, sin quererlo, volcó el frasco de témpera amarilla sobre Lucía, que estaba concentrada pintando.

-Señorita, ¡mire lo que pasó! -dijo Lucía angustiada.

-Perdona, Lucy, no me di cuenta de que estabas tan cerca -se apresuró a explicar Javier.

Pero era demasiado tarde. La señorita Carmen se acercó y, al ver lo ocurrido, se enfureció sobremanera, le gritó a Javier y agarrándolo de un hombro lo echó fuera



Pelusa 79

de la sala. Luego le dijo a Lucía, con voz demasiado fuerte, que se fuera a lavar.

Los niños estaban consternados. Nunca, en cuatro años, había retado así a un niño, y el pobre Javier, sin saber qué pensar, tuvo que salir rápidamente tragándose un par de lagrimones.

Nadie se atrevió a hablar y todos, agachaditos, siguieron trabajando. Claro que los dibujos no quedaron lindos.

Durante los siguientes días la señorita Carmen anduvo muy seria y callada. Sólo Pablo logró hacerla reír durante unos instantes, al equivocarse en la pronunciación de una palabra.

Aquella profesora sonriente y simpática se había convertido en una persona malhumorada, apática e irritable.

-¡Yo ya no aguanto más! -exclamó un día Alberto en el recreo-. No soporto verla así.



Pelusa 79



-¡Claro! -dijo Daniel pensativo-, algo le sucede a la señorita Carmen. Yo le conté a mi mamá y me dijo que a lo mejor está cansada. ¿Sabías que ella estudia durante la noche? Va a la Universidad y toma unos cursos para hacer mejores clases...

-Si ya es suficientemente buena -repuso Andrés-. ¿Para qué más cursos? Ahora no está bien y tenemos que hacer algo. Debemos averiguar qué le pasa.

Durante el segundo recreo, todos los alumnos del cuarto año se reunieron bajo el viejo nogal del patio, después que Raúl pasó un papelito en la clase avisando que iba a haber consejo. Decidieron, después de conversar e intercambiar opiniones, que Raúl debería ir a hablar con la señorita Carmen y preguntarle directamente por qué estaba tan rara.



Éste prometió hacerlo al día siguiente, pero la señorita Carmen ese día no llegó al colegio. La reemplazó la señorita Virginia que era muy estricta. Los niños no podían concentrarse, echaban mucho de menos a su profesora.

En el recreo de las diez, volvieron a reunirse y decidieron que no sólo Raúl, sino también Andrés y Daniel fueran a ver a la señorita Carmen a su casa.

-Yo sé dónde vive -informó Alberto-. Una vez la acompañamos con mi mamá. No es muy lejos de aquí.

La pequeña comitiva se encaminó esa tarde, después de hacer deportes, hacia la casa de su profesora.

Alberto recordaba bastante bien dónde quedaba así es que, luego de atravesar hasta el final una población de casas iguales, llegaron a la calle donde vivía la señorita Carmen.

Pelusa 79

Con un poco de susto tocaron el timbre y después de un instante, salió una señora muy amable a la puerta.

-Buenas tardes, queremos ver a la señorita... -dijo tímidamente Alberto.

-¿A Carmen? ¿Son ustedes alumnos de ella? -preguntó la señora-, pasen, pasen por favor.

Entraron a la casa, que estaba con las persianas cerradas, y los niños se sentaron.

-La Carmen no está -dijo la señora sacándose el delantal-. Anda en el liceo donde hace clases en las tardes... De ahí se va a la Universidad. No creo que llegue antes de las nueve.

Los niños se miraron en silencio.

-¿Necesitaban algo de ella? -preguntó la señora.

Entonces Andrés no resistió más y dijo:

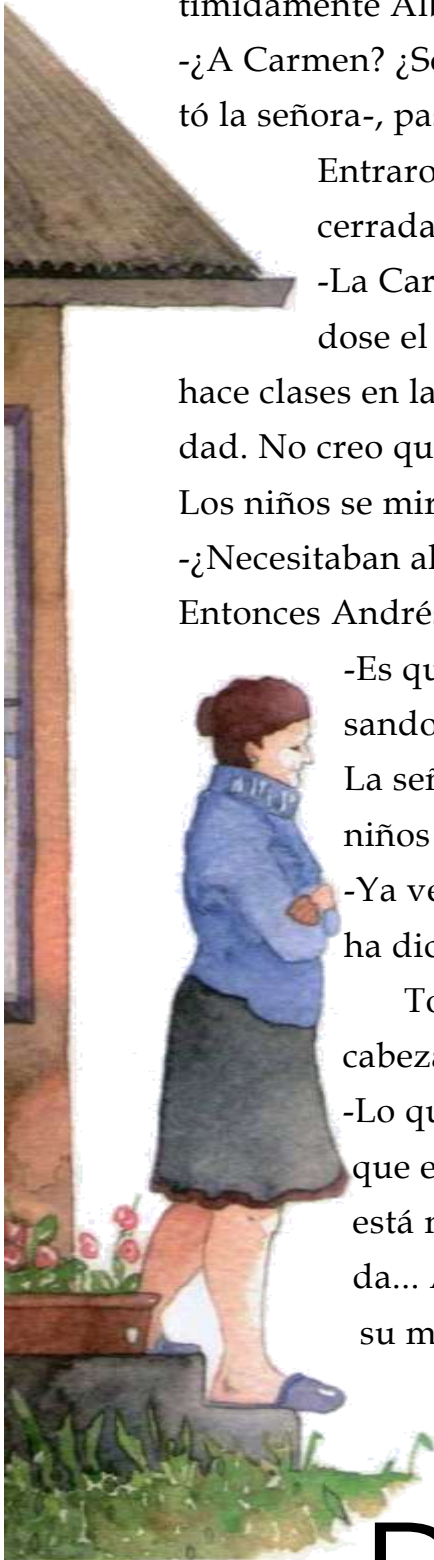
-Es que nosotros queremos saber qué le está pasando a la señorita... Está tan rara...

La señora tomó una silla y acercándola a los niños les dijo muy seria:

-Ya veo... ¿Ella no les ha dicho nada?

Todos movieron la cabeza negativamente.

-Lo que pasa es que está agotada... está muy cansada... Además tiene a su mamá muy enferma...



está muy mal. Y la única que puede cuidarla por las noches es la Carmen, que vive aquí con ella. Yo no puedo, porque tengo que ir a ver a mis niños y sólo le ayudo en el día... La pobre Carmen ha tenido que trasnochar mucho... Ella quería contratar a una enfermera para que cuidara a su mamá, pero sale un poquito caro...

La señora se rió nerviosamente y luego preguntó:

-¿Ha estado mal en clases?

-¡No! Hace las clases como siempre, pero ahora ya no sonrío...

-No es la misma...

-Ya no cuenta chistes ni hace bromas...

-Y nos reta mucho más que antes...

Los niños contaron todo lo ocurrido en los últimos días, y la señora los escuchó en silencio. Luego, les sirvió jugo de frutas, pan y mermelada, pero ellos no comieron.

-Perdonen un ratito, voy a ir a ver a la señora Rosa. Vuelvo de inmediato.

Cuando ella se alejó, Alberto, Raúl, Andrés y Daniel comenzaron a hablar en voz baja:



-Con razón está así. ¿Qué podemos hacer? -preguntó Alberto poniéndose de pie.

-Ya veremos. ¡Espérate! Ahora nos tenemos que ir -dijo Andrés metiendo disimuladamente el dedo en la mermelada.

Cuando la señora volvió, Raúl le dijo:

-Nos vamos, señora. Por favor, no le diga nada a la señorita que vinimos. Ya entendemos por qué está así.

-Pobre, Carmen. Le ha tocado duro. La mamá es todo lo que ella tiene. Sus parientes viven en el sur. Cuando la

Pelusa 79

señora Rosa se muera, se va a sentir muy sola... Tengan paciencia con ella.

Los niños se despidieron y se fueron a sus casas sin ganas de hablar. Tenían que pensar en cómo ayudar a su profesora.

Pasaron los días sin que la señorita Carmen fuera a clases. Por fin, apareció en la escuela. Venía muy seria y cuando entró a la sala, saludó a los niños y les dijo:

-Niños, ya estoy de vuelta. No tengo mucho ánimo...

Seguramente ustedes ya saben que mi viejita está muy, muy enferma, pero ahora gracias a Dios va a llegar una hermana mía del sur y me va a ayudar a cuidarla.

Luego los miró tiernamente y continuó:

-No me he portado muy bien con ustedes, ¿verdad? Yo creo que ahora todo va a estar de nuevo como siempre... La vida continúa y nosotros tenemos



que aprender muchas cosas juntos... Así es que vamos a empezar las clases.

Los niños contemplaban en silencio a su maestra.

Daniel sentía que tenía un nudo en la garganta y Alberto miraba de reojo a Raúl. ¿Qué se hacía en momentos así? ¿Cómo expresar lo que sentían?

Fue entonces cuando se levantó Raúl y dijo:

-Señorita... yo quería decirle a nombre del curso...

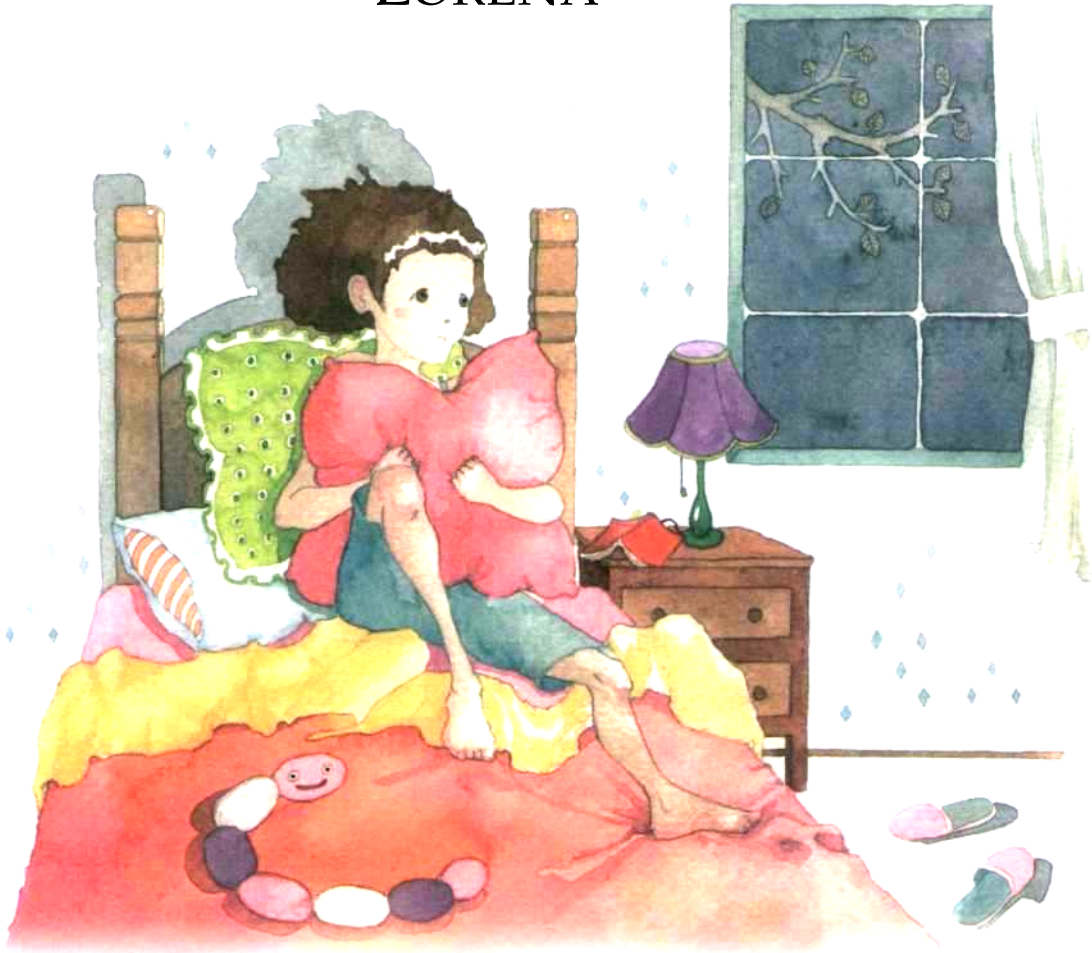
Pero no pudo seguir hablando. Los niños se levantaron en tropel y se acercaron a abrazar a la señorita Carmen. Ésta, llorando de emoción, los abrazó a todos.

Sólo entonces pudo terminar Raúl de decir lo que tenía que decir.

-Señorita Carmen, usted no está sola... Estamos nosotros, y nosotros... la queremos mucho...

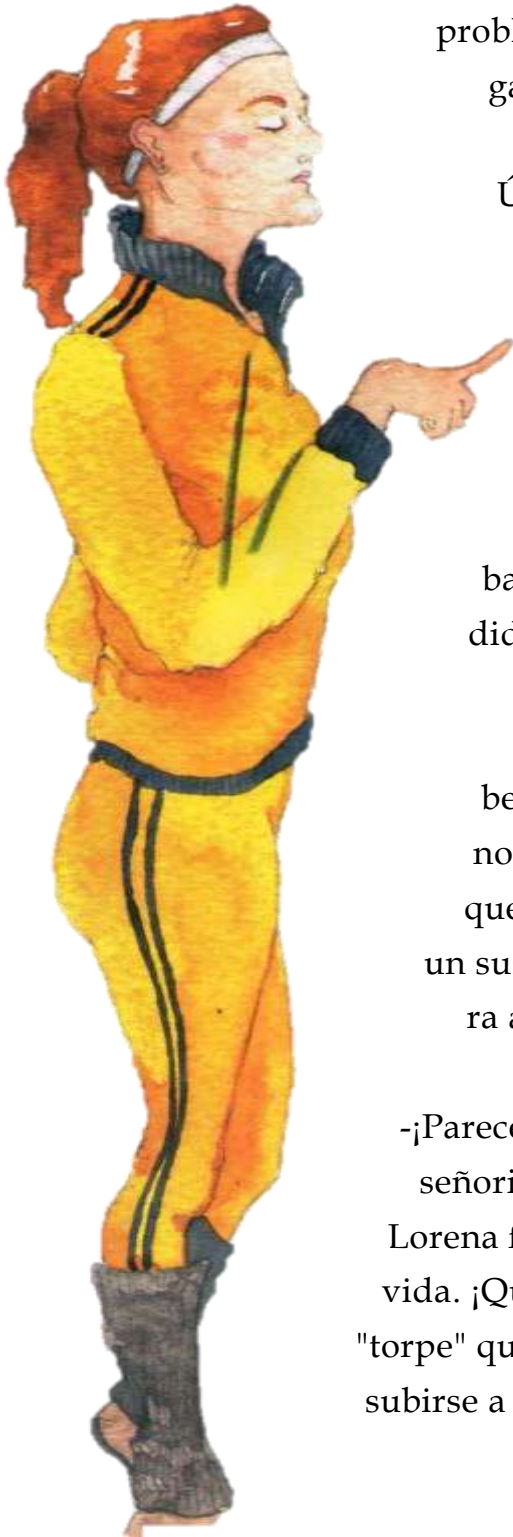
Después de tantos días, los niños del cuarto año volvieron a ver cómo los ojos de su profesora, aunque llenos de lágrimas, recuperaban el brillo de la alegría y su rostro se iluminaba con una sonrisa.

EL PROBLEMA DE LORENA



Lorena tenía un gran problema y cada vez que pensaba en él, su estómago se recogía y el corazón comenzaba a latirle mucho más aprisa; era como un martilleo que le oprimía el cuerpo.

Y se comía las uñas pensando en cómo deshacerse de él. ¿Por qué no se podía eliminar de alguna manera rápida? A veces, en las noches, Lorena imaginaba que su



problema era como un rollo de papel arrugado que ella lanzaba lejos, muy lejos...

Pero, no era tan fácil... La señorita Úrsula lo había dicho claramente, aunque usando su inconfundible acento

germano:

-Niñas, para alcanzar la nota cuatro, deben ustedes hacer perfectamente la voltereta hacia delante, atravesar la barra de equilibrio, bajar y luego dar otra voltereta. ¿Entendido? De otro modo, no les va a ir bien...

Así es que a ensayar, a ensayar...

Y allí estaba la pobre Lorena sin saber qué hacer. Sencillamente no podía... no le resultaban los ejercicios y cada vez que intentaba hacer la voltereta le bajaba un susto tremendo. No alcanzaba ni siquiera a apoyar la cabeza sobre la colchoneta cuando ¡plum!, caía a un lado.

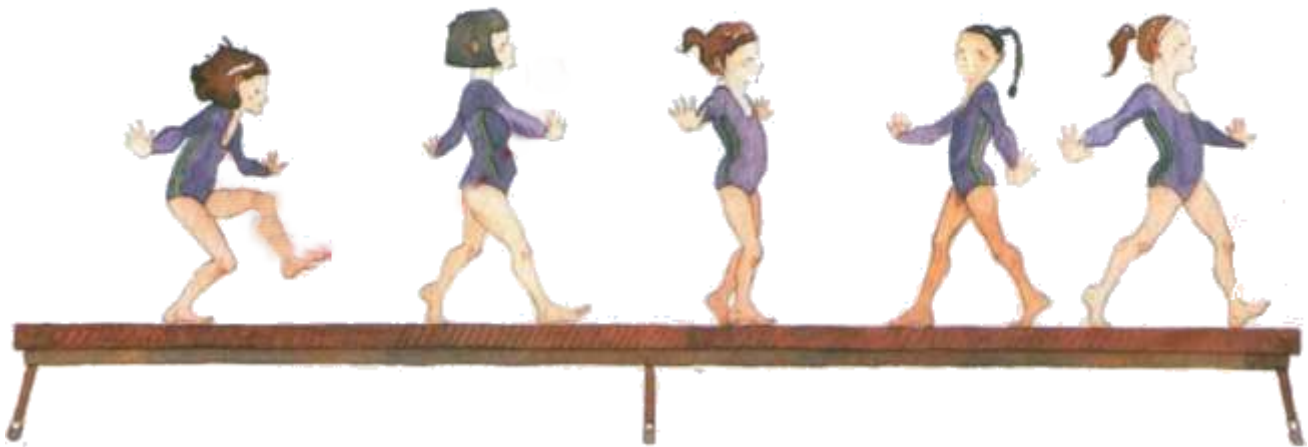
-¡Pareces un saco de papas! -le dijo un día la señorita Úrsula, medio en broma, pero para Lorena fue lo peor que había escuchado en su vida. ¡Qué culpa tenía ella de ser un poco más "torpe" que las demás! ¡Ah! Y cuando había que subirse a la barra... Eso era un suplicio. Subirse no costaba

nada, pero atravesar y llegar hasta el otro extremo era tan imposible como llegar en bicicleta a la luna.

-¡Pero, niña! Si no es nada del otro mundo -le insistía la señorita Úrsula-. Anímate y pasa. Es tan sencillo.

"Sí, sencillo", pensaba Lorena con pena, mirando a Soledad que no se demoraba nada en atravesar. Y Claudia, ¡ésa sí que lo hacía bien! Hasta se había atrevido a realizarlo caminando hacia atrás.

Faltando dos días para la prueba de Educación Física, Lorena fue a tomar once donde su abuela a quien adoraba. Todos los miércoles iba a verla después de clases. La señora Leonor vivía en una de esas casas antiguas con parrón y a la niña le encantaba tomar té y conversar en la terraza, bajo la flor de la pluma que el abuelo había plantado al construir la casa.





En el invierno se sentaban junto a la chimenea en la biblioteca, y Lorena podía hojear los maravillosos tomos de la enciclopedia.

La abuela la regaloneaba mucho. Siempre le preparaba algo rico para comer: sopaipillas pasadas con chancaca, "calzones rotos" con azúcar flor, panqueques, en fin, todo lo que su nietecita le pidiera.

Esa tarde había preparado unas ricas galletas rellenas con mermelada. Pero cuál no sería la sorpresa de la señora cuando la nieta le dijo:

-Perdona, abuela, pero no voy a servirme nada. No tengo apetito...

-¡Cómo! -exclamó la señora sin creer lo que escuchaba. ¿Qué te pasa hija? ¡Tu dulce favorito! Acaso ¿estás enferma?

-No, abuela... disculpa, estoy sin apetito. No quiero comer nada. Gracias...

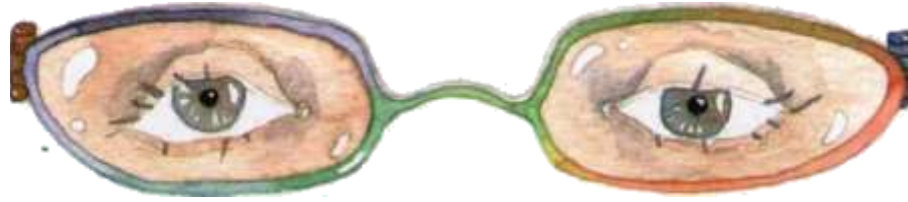
-¡Agüita de bailahuén! -exclamó entonces la abuela tomando el plato con el postre-. Esto es lo que te voy a dar... o mejor todavía, manzanilla... Debe ser enfriamiento. ¡Seguro que anduviste desabrigada!

La señora Leonor observó a Lorena. ¿Qué le sucedía a su nieta siempre tan risueña y alegre? Se sentó en uno de los sillones de mimbre y dijo después de un rato:

-A mí no tienes para qué engañarme... A ti te pasa algo. Tienes un problema... ¿Por qué no me lo cuentas?



Pelusa 79



Lorena suspiró. A la abuela no se la podía hacer lesa. Lo adivinaba todo. A través de esos ojos inocentes y tranquilos que se asomaban por las ventanitas de cristal, captaba todo lo que sucedía alrededor. Se había dado cuenta aquella vez en que ella estaba triste porque el papá y la mamá habían discutido; y también, cuando Julián, su hermano, había chocado con la moto.

-¡Abuela!... el problema es que soy un saco de papas... - dijo por fin Lorena, a punto de llorar.

-¿Qué? ¿Un saco de papas? ¿Quién ha dicho eso? - exclamó indignada la señora.

Entonces la nieta se sentó a sus pies y, apoyando la cabeza sobre su falda, le contó lo que le sucedía. ¡Qué rico era poder sacar ese rollo de papel apretujado en el corazón! ¡Qué bueno era tener a alguien que la escuchara en silencio!

Cuando terminó, la señora Leonor se levantó energí- camente y dijo:

-Lo que tú necesitas no es agüita de bailahuén ni de manzanilla. ¡Tenemos que trabajar! ¡Manos a la obra!

Y sacando unas llaves del bolsillo se dirigió, con paso decidido, a la casita al fondo del jardín, donde guardaban muebles viejos y otros cachureos.

Lorena creyó que la abuela se había vuelto loca cuando la vio arrastrar un viejo colchón.

-¡Ven, ayúdame! Construiremos un gimnasio. Verás qué divertido. Vamos a buscar unos cajones y una tabla. Haremos nuestra propia barra de equilibrio.

La señora Leonor, pese a sus canas y a su cuerpo delgado, se movía con gran agilidad.

-Por algo fui campeona de atletismo -explicaba llena de entusiasmo.



Pelusa 79

Lorena la miraba con una mezcla de temor y alegría. Se sentía orgullosa de ella.

Cuando todo estuvo listo, la abuela se sentó sobre el colchón y tomando aire, le dijo:

-Mira, Lorena. Te voy a mostrar cómo se hace.

-¡Por favor! ¡No! -gritó ésta asustada.

Pero ya era demasiado tarde. La señora Leonor, levantándose, se recogió la falda e hizo, en un dos por tres, una perfecta voltereta hacia adelante.

Lorena cerró los ojos y pensó:

"La abuela se mató... se quebró el cuello... ¡Dios Santo! Habrá que llevarla al hospital".

Pero no. Con una amplia sonrisa en los labios la señora Leonor observaba a su nieta.

-¡Mira! Si es divertidísimo. Por unos segundos ves el mundo al revés. Sientes cómo el movimiento de tu cuerpo te impulsa a seguir. Cada músculo se extiende y se contrae. Es maravilloso...

Lorena la miraba y no se atrevía a hablar.

-¿Quieres que lo haga de nuevo? -preguntó la abuela disponiendo nuevamente a recogerse la falda.

-¡No! ¡Por favor, no! ¡Abuela! ¡No lo hagas!

Pero fue demasiado tarde. Apoyando la cabeza sobre el desteñido colchón, la ágil señora tomó impulso y ¡zas!, ya estaba al otro lado.

-¡Uf! Esta vez no salió tan bien -dijo colocándose los lentes-. ¡Ahora te toca a ti!

Lorena quedó paralizada.

Pelusa 79



Pelusa 79



-¡No puedo! Soy muy grande y torpe. Soy un espanto, me voy para un lado.

-¡Tonterías! ¡Estás loca! Tú puedes hacerlo perfectamente. ¡Ven! ¡Inténtalo! ¿O quieres que lo haga yo de nuevo para que veas cómo se hace?

-.¡No, abuela! Por lo que más quieras... ¡No lo repitas! Voy a tratar...

Lorena apoyó la cabeza sobre el colchón. Una vez más sintió esa sensación de ahogo que la invadía, flectó las piernas e intentó despegarse del suelo. Pero ¡zas!, perdió el equilibrio y cayó con todo el peso de su cuerpo.

Con la cara roja de rabia se sentó.

-¡Te lo dije! -exclamó-. La señorita Úrsula tiene toda la razón, ¡los sacos de papas no pueden hacer volteretas!

La abuela se la quedó mirando en silencio

La niña continuó:

-Me va a ir mal. El cuatro no me lo va a dar por nada del mundo.

La señora Leonor se acercó a su nieta.

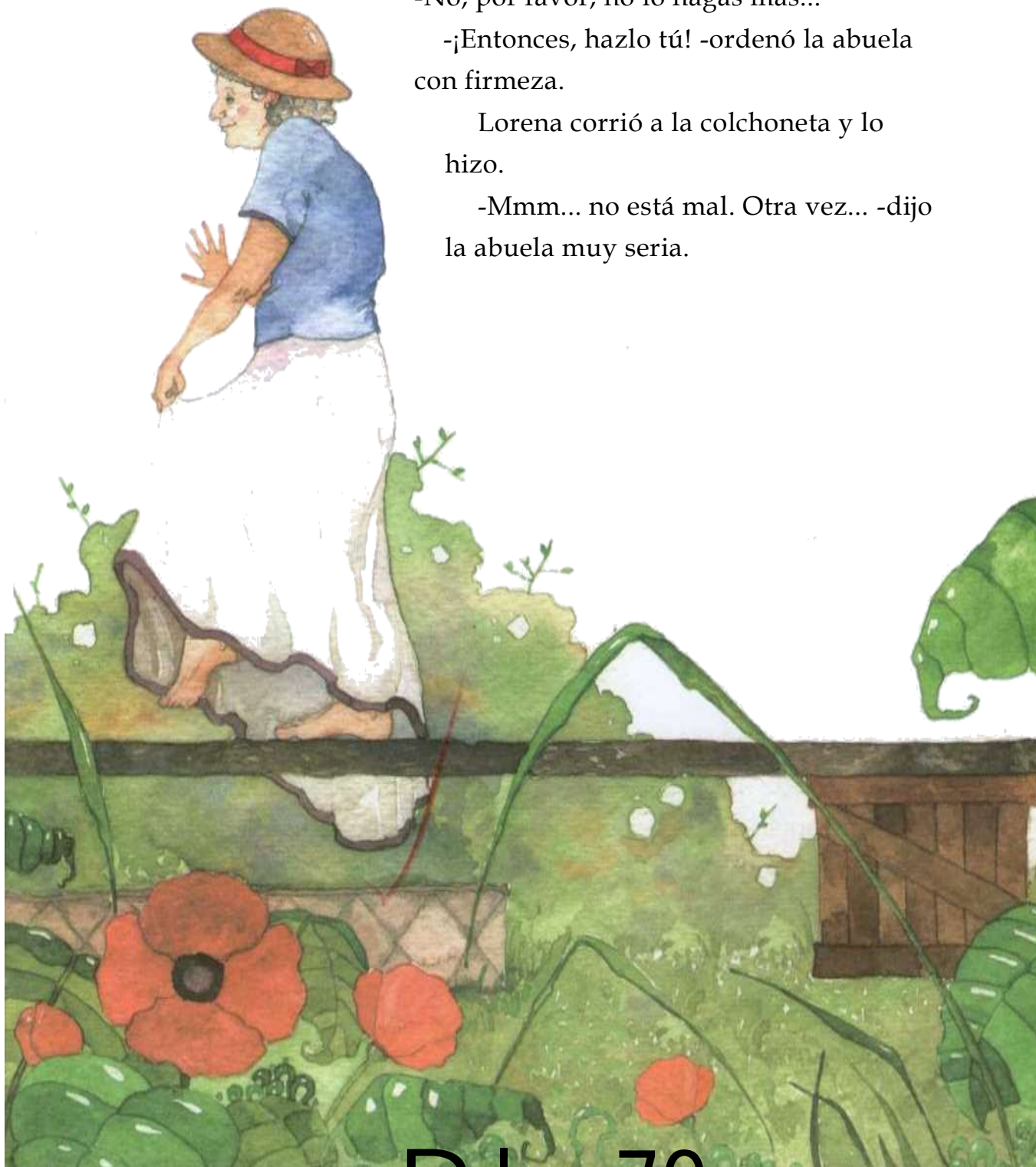
-Mira, hijita. Cuando uno tiene un problema, debe enfrentarlo y no echarse a morir. Ven, te mostraré cómo se hace.

-No, por favor, no lo hagas más...

-¡Entonces, hazlo tú! -ordenó la abuela con firmeza.

Lorena corrió a la colchoneta y lo hizo.

-Mmm... no está mal. Otra vez... -dijo la abuela muy seria.





La niña intentó otra vez, pero cayó hacia un lado.

Antes de que alcanzara a levantarse, la abuela se subió a los cajones donde había apoyado la tabla, y moviéndose suavemente con la falda recogida, se equilibró sobre la tabla puesta en altura y comenzó a atravesarla.

-¡Abuela! -gritó Lorena horrorizada.

-¡Anda, sígueme! Ven detrás de mí...

Pelusa 79

Lorena subió rápidamente, pero en cuanto se paró sobre la tabla, comenzó a tambalearse y cayó. La señora Leonor perdió el equilibrio con el movimiento y, de un gran salto, aterrizó también sobre el colchón.

Al verse ambas en el suelo no pudieron aguantar la risa.

-¿Qué hacer contigo, hijita? Tiene que haber solución.
¡Ya sé! Imagínate que hay cocodrilos y serpientes abajo y que tienes que llegar hasta el final.

-¡Ay, abuela! Estás loca...





-¡Ah! ¡Mejor no! Piensa que hay un príncipe esperando al extremo de la barra... uno parecido a ¿cómo se llama tu vecino tan simpático?

-Jaime Andrés.

-Ése. Jaime Andrés está al otro lado.

-¡Ay, abuela! No sigas, ¡por favor! -dijo Lorena sin saber si reír o llorar.

La abuela pensó un rato y luego dijo:

-Mira, chiquilla, lo que tú tienes es miedo y el miedo hay que combatirlo. No hay que dejar que te invada. Tú puedes subir y pasar la barra, pero como tienes miedo, te caes... ¿Quieres pasar la barra? ¿Quieres demostrarte a ti

misma que puedes? Pues, bien. Sube y repite fuerte: Yo soy capaz... yo soy capaz...

-No es tan fácil, abuela...

-¿Lo has intentado?

-No...

-¡Inténtalo! Ven, yo lo haré primero.

-¡Por favor, no subas! Te vas a caer y te vas a romper los huesos. ¡Piensa en tu cadera!

Pero la señora Leonor ya estaba arriba y, con pasos seguros y los brazos extendidos, atravesaba la barra.

Lorena subió. La figura delgada de la anciana se alzaba delante de ella. La abuela tenía razón. Debía tratar. Apretó los dientes y comenzó a avanzar. La sensación de inseguridad la invadió nuevamente.

-¡No caerás! -le gritó la abuela desde el otro extremo-, seguirás porque "tú" quieres seguir. Quieres llegar a la meta y lo vas a lograr.

Mientras más hablaba la abuela, más avanzaba la niña.

Nunca supo Lorena cuánto se demoró ni cómo lo hizo, pero llegó...

-¡Bravo! ¡Fantástico! -aplaudió la abuela desde abajo-. ¡Lo has logrado! ¡Hazlo de nuevo!

Lorena logró pasar por segunda vez y cuando a la tercera, casi, casi pierde el equilibrio, la abuela le repitió con energía:

-¡No te vas a caer! ¡Tú no quieres caerte y vas a llegar!

Lorena no cabía en sí de felicidad. Cada vez que lo hacía, saltaba a abrazar a su abuela que la miraba con atención.

Después ensayaron la voltereta. No era fácil, pero, poco a poco, Lorena fue logrando el movimiento y la posición adecuada.

Cuando el viejo reloj del comedor anunció, desde lejos, las seis de la tarde, se sentaron bajo la vieja flor de la pluma a descansar. La abuela puso de nuevo, ante la mirada feliz de Lorena, el plato de galletas que fue devorado en un santiamén.

Al ver aquello, la señora Leonor se echó a reír con ganas.

-¿De qué te ríes? -quiso saber Lorena.

-Estoy pensando que el saco de papas se ha convertido en una galleta con mermelada...

Cuando el viernes llegó la hora de Educación Física y la señorita Úrsula fue llamando a las alumnas, Lorena recordó a su abuela.

Subió a la barra y avanzó decididamente. En sus oídos resonaba la voz firme de la anciana y ante ella creyó ver su figura inconfundible. Así, atravesó sin vacilar aunque su corazón latía con fuerza.

Luego hizo la voltereta dos veces. La señorita Ursula bajó el cuaderno donde estaba colocando las notas y dijo sorprendida:

-¡Vaya, vaya! ¡Quién lo creyera! ¿Qué ha sucedido con nuestro saco de papas?

Lorena la miró y dijo:

-El saco de papas se convirtió en una galleta con mermelada.

La señorita Úrsula se levantó de hombros y las compañeras pensaron que Lorena se había vuelto loca.

Al sonar la campana, Lorena corrió hacia el teléfono y marcó el número de su abuela...



Pelusa 79



El supermercado, una función de teatro, una profesora triste y una clase de Educación Física, sirven de base a Cecilia Beuchat para entregarnos emocionantes historias. Al final, descubrimos que la ciudad, el colegio, e incluso la propia casa, son lugares en los que ocurren aventuras que, si se saben mirar bien, pueden transformarse en valiosas experiencias.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Pelusa 79